

Es propiedad  
de V. de Lalama.

BIBLIOTECA  
DRAMÁTICA.

Se venden  
Cuesta y Perez.

## EL CASAMIENTO POR CONVICCIÓN

ó

# LA FUERZA DE LA RAZÓN.

Comedia en dos actos, arreglada al teatro español por Don Manuel Breton de los Herreros, representada con extraordinario aplauso en el teatro del Príncipe el 28 de junio de 1828.

### PERSONAS.

### ACTORES.

EL CONDE DE SAN CRIS-  
TÓBAL. . . . . D. Joaquín Caprara.  
EDUARDO, su hijo. . . D. Pedro Montaña.  
BELTRAN, sargento re-  
tirado. . . . . D. Carlos Latorre.  
PINTO, labrador. . . . D. Antonio de Guzman.  
SUSANA, huérfana. . . Doña Concepción Rodriguez.  
PACA, mujer de Pinto. Doña Gerónima Llorente.

La escena es en una quinta del conde, en el reino de Valencia.

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de la quinta del Conde. En la sala tendrá una puerta y dos ventanas al foro. Dos puertas laterales. La de la izquierda es la del cuarto de don Eduardo; hay junto á ella un velador con una tetera, una taza y su platillo. Al lado opuesto, junto á la puerta, una mesa y dos sillones. Sobre la derecha, en el foro, un espejo de cuerpo entero.

### ESCENA PRIMERA.

SUSANA está trabajando junto á la mesa de la derecha.  
PINTO hablando con BELTRAN que está fuera.

PIN. No tenga usted cuidado, no despertaré á nadie, esperaré á que se levante. (entra y vé á Susana.)  
¡Ay! ¡Conque me decia mi primo Beltran que estaban todos durmiendo, y ya está levantada la señora Susana?

SUS. Usted por aquí, señor Pinto?

PIN. Sí, señora... á las cinco yo y mi mujer Paca estamos ya fuera de la cama, porque aunque en la casa de un labrador se duerma tambien como en la de un gran señor, no obstante, nosotros madrugamos... á no ser el domingo... porque en ese dia se levanta uno algo mas... Pero son pormenores de mi casa... mi mujer me ha dicho... Pinto, tengo que ir al mercado... allá me vendrás á buscar... Entretanto, anda á arreglar nuestras cuentas

con el señor Conde, y lleva el precio de tus arrendamientos... porque ha de saber usted que vencen hoy.

SUS. Ya sabemos que es usted muy exacto:

PIN. Todo debe pagarse al dia del vencimiento..., con nosotros nunca hay ningun atraso; mi mujer me ha puesto bajo ese pié, y sobre este artículo, Paca no entiende de chanzas. Desde que me ha acostumbrado á pagar al contado, vemos crecer nuestro caudal. Este es el resultado de la exactitud.

SUS. Cómo está la mujer?

PIN. Siempre sana y fuerte.

SUS. Y los niños?

PINT. Buenos: tenemos cada año uno; qué quiere usted? Pero ya no pasa usted por casa? Hace un siglo que no se le ha visto á usted.

SUS. Hay tanta gente en la quinta, que no me atrevo á salir... Han llegado quince personas de la capital... Señoras y jóvenes á la moda... Salen á caza por la mañana; se representa una comedia cada noche... Ayer hubo baile..., duró hasta mas de las doce..., en fin, es la vida de la ciudad en el campo, es Madrid en el reino de Valencia.

PIN. Cuánto les gusta el divertirse á esos madrileños! Y el señor conde recibe tanta gente en su casa? Ay, qué buen señor!.. Es un militar honrado y valiente, y el que se mete á ser millonario debe imitarle. Así es que en todas partes le quieren, porque si á la verdad ha dedicado su brazo á la patria, su corazón pertenece á sus amigos, y su fortuna á todo el mundo .. Y su hijo don Eduardo? Qué guapo..., eh?

SUS. Calle usted... No hable tan recio .. Está ahí... durmiendo. (indicándole el cuarto de la izquierda.)

PIN. Ya; su cuarto es ese!—Pues qué, está malo?

SUS. Qué quiere usted... Ayer salió del baile con una calentura que ha crecido durante la noche... Según me ha dicho Beltran, que ya ha entrado en su cuarto.

PIN. No lo extraño. Si me ha contado mi mujer que con su aire pacífico es un diablo..., hijo de un ge-

neral, veinte años, fortuna y buena cara, con esto se hace cuanto se quiere... no es cierto, señorita?... Pero dígame, ¿qué diantre tiene usted que la encuentro muy mudada; no quiero decir á usted con esto que no sea usted siempre muy guapa; pero antes estaba usted tan alegre... Siempre saltando, corriendo, y ahora la veo continuamente triste y pensativa... ¿Tiene usted alguna pesadumbre?

Sus. Qué extraño fuera que la tuviera? Huérfana, sola en el mundo...

Pin. Sola! No hay tal cosa... Usted fué acogida y educada por la señora condesa; cierto que la colocó á su lado como doncella, pero siempre la ha tratado como á su hija, y despues de la muerte de aquella excelente señora, su marido, á quien la dejó recomendada, ha tenido con usted los mismos miramientos y el mismo cariño. Mire usted, yo apostaría á que el señor conde ha formado el proyecto de darle á usted un buen dote y un marido... Todo el mundo lo dice en el país.

Sus. Sí? Eso dicen? Yo no pienso en casarme.

Pin. Qué! Mi mujer decia otro tanto, y ahora pregúntele usted lo que piensa. No obstante, si un día llegára usted á decidirse... Tengo un buen marido que proponerle... Hace mucho tiempo que lo estoy pensando...; pero mi mujer le hablará á usted..., porque en mi casa yo tengo mis ideas y ella es la que habla. (*se oye una campanilla en el cuarto del foro.*)

Sus. Sin duda es el señor conde que llama á su ayuda de cámara. Él le dirá á usted si puede entrar.

Pin. Voy corriendo, no sea que salga; y siguiendo mi sistema de exactitud, ofreceré á mi amo mis respetos y su dinero. Pero créame usted, amiga, no tenga usted ese aire triste y severo; nada; alegría! alegría! Si no la hay siempre en esta quinta, venga usted á mi casa que allí nunca falta. (*vase por la puerta del foro.*)

### ESCENA II.

SUSANA, sola. (*vá á sentarse en un sillón junto á la mesa de la derecha.*)

Alegria!... No saben hablar de otra cosa... Ha hecho bien de marcharse... No entiendo cómo pueden estar alegres: ah! Por mas que hago... ¿Pero á qué me habré yo puesto á trabajar? En todo pienso menos en lo que estoy haciendo.—(*se acerca á la puerta de la izquierda y escucha.*) No se oye nada... Descansa... Me alegro...; pero abren su puerta.

### ESCENA III.

SUSANA, DON EDUARDO, descansando en el brazo de BELTRAN.

BEL. No tema usted..., mi capitán; aquí estoy para sostener á un regimiento.

Sus. (*yendo hácia él, dá el brazo á Eduardo.*) Está usted en su juicio, Beltran?... ¿Con la pierna de palo...

Edu. Tú mismo necesitas que te ayuden; tiene Susana razon.

BEL. (*dando golpes sobre su pierna.*) Qué decis? Esta es tan sólida como otra alguna, y tiene sobre todo una ventaja; es que cuando se rompe hay otra que la reemplaza: no podría usted decir otro tanto.

Sus. (*dando siempre el brazo á Eduardo, y llevándole*

*al sillón de la derecha.*) Vaya usted despacio, apóyese usted. Cómo se halla usted hoy?

Edu. Mal... Sufro muchísimo.

BEL. ¿Pero qué es eso, mi capitán, se está usted quejando como una mujer? Yo le he visto á usted asistir á las batallas con la mayor sangre fría, ¿cómo he de poder mirarle ahí, tiritando por un miserable ataque de calentura?

Edu. Te es muy fácil el hablar así... Si hubieras bailado ayer como yo doce rigodones...

BEL. Es cierto que por ahora no me sería fácil hacer otro tanto... Pero usted... Por vida...

Sus. Cómo! ¿Vá usted á regañarle ahora que está malo, y causarle tal vez algun dolor de cabeza?

BEL. Tiene usted razon... No debo meterme en eso.— Un buen soldado no entiende palabra en los secretos de los médicos y de la farmacia. Si está herido..., el aguardiente le sirve de cabezal, y me acuerdo que muchas veces en el hospital cuando llegaba el frasco para curarnos, por dentro me encajaba la receta. (*hace como que bebe; mientras está hablando, Susana vá á sentarse junto á la mesa, á la derecha de don Eduardo.*) Vaya; le dejo á usted con Susana, porque sabe mejor que yo cuidar á los enfermos... Es tan buena..., tan atenta..., tan activa..., tan... Querrá usted creer que se ha levantado á las cuatro esta mañana?

Edu. Es posible?

BEL. Y tal vez mas temprano, porque cuando salí del cuarto de usted, la encontré y me preguntó con tanto interés cómo habia usted pasado la noche, que de veras me puso en cuidado; creí que estaba usted peor.

Edu. Amable Susana!

BEL. Tiene usted razon; es una amable muchacha, no es mari-sabidilla y charlatana como las demás doncellas de esas señoras que hacen tantas coquetterías en las antecámaras, que muchas veces creeria uno estar en la sala... Mas bien al contrario, es modesta y cumple con sus obligaciones... Quiere mucho á sus amos..., y sobre todo, tiene excelente conducta. Oh! No hay uno de esos jóvenes amigos de usted que no esté enamorado de ella.

Edu. (*levantándose.*) De veras?

BEL. Eh! Qué hace usted? Quieto; quieto en la silla. Cuando ha de tener usted juicio? Le dejo con usted, señora Susana; procure usted calmarle.—(Es negocio decidido... no puedo aguantar mas tiempo... es tan amable, (*indicando la pierna.*) y á pesar de este terrible inconveniente... No hay remedio: (*Susana vá al otro lado del teatro, se acerca al velador y echa té en la taza.*) Voy á consultarlo con mi primo Pinto, que acaba de entrar en la Quinta, y en seguida se la pido en matrimonio al señor Conde, porque en esta vida es preciso obrar siempre con formalidad... en cuanto sea posible...) Adios señora Susana, adios, mi capitán. (*vase por la puerta de en medio.*)

### ESCENA IV.

EDUARDO, SUSANA.

Edu. Adios, amigo.—Es un soldado excelente; pero el peor hombre del mundo para cuidar á un enfermo.

Sus. Cómo está usted?

Edu. Mejor... desde que estoy aquí.

Sus. Pues bien, no tiene usted que hablar, voy á

trabajar á su lado... ó si usted lo quiere, le leeré algo. (*toma una silla, se coloca á la derecha de don Eduardo y se pone á trabajar.*)

EDU. Haz lo que quieras. Para mí no hay mejor médico que tú.

SUS. Consiento en serlo hoy; pero es preciso que se esté usted quieto y calle: esto es lo que le receto, y para obligarle á hacerlo, aquí me quedo.

EDU. Este medio me parece muy incierto, porque estoy seguro de olvidar la receta si me pongo á mirar al médico.

SUS. Pues, señor mio, no mirar, y tome lo que le doy. (*toma la taza que está sobre el velador y la presenta á Eduardo.*)

EDU. Pero Susana, cómo te tiembla la mano!

SUS. Sí... sí... temia verter la bebida. Eso le hará á usted buen provecho: (*mientras bebe.*) debe calmarle... refrescarle... Pero qué hace usted? (*cuando vá á tomar el platillo, Eduardo coje su mano y la besa.*)

EDU. Pues qué, no puedo darte gracias?

SUS. Eduardo... Eduardo... déjeme usted... Quiere usted que me marche? (*se aleja de Eduardo y se acerca al público.*)

EDU. Susana, eres la ahijada de mi madre... eres mi hermana... nos hemos criado juntos... antes no desconfiabas de mis caricias... ahora te causan pena.

SUS. A mí? Eso importaria poco... Pero usted debe pensar en sí... usted padece... está enfermo... Cazar ayer durante cinco horas, y despues bailar una gran parte de la noche... Eso es no tener juicio!... Si usted no se cuida no tardará en morirse.

EDU. Mucho me alegrára... No deseo otra cosa.— Estas diversiones á que me entrego aquí como en Madrid, se me han hecho necesarias... me son útiles para distraerme... para no quedarme solo conmigo mismo... soy tan infeliz!

SUS. Usted infeliz? Y quién causa sus desgracias?

EDU. Tu sola.

SUS. Yo! gran Dios!

EDU. Si, Susana... te he querido siempre... te quiero como un loco, como un delirante.

SUS. Ay, señor, qué decís! (*tapándose la cara con sus manos.*)

EDU. Te confieso que primero formé el proyecto de hacerme querer de tí, luego me avergoncé de semejante idea... quise no volverte á ver, tratarte con frialdad, con rigor, hablarte como amo... Pero tu bondad y tus gracias me han desarmado siempre... y lo que ha acabado de destruir todos mis proyectos, todas mis resoluciones es, que me ha sido fácil conocer que de algun tiempo á esta parte tú tambien espermentas el amor que me devora.

SUS. (*ingenuamente.*) Es verdad...

EDU. Con qué ahora me quieres?

SUS. Ahora? no... Siempre ha sido lo mismo; pero hace muy poco tiempo que he llegado á conocerlo.

EDU. Ay, Dios!

SUS. Pero, señor, usted no debe saberlo... debe ignorarlo. Pida usted á su padre que me permita alejar de esta casa.

EDU. Quieres abandonarme?

SUS. Sí... no puedo vivir aquí... Todo me recuerda los beneficios de mi señora, vuestro rango, mi posición, la distancia que nos separa... y juzgad, señor, juzgad de los tormentos que padezco, al confesarle que ayer, durante el baile, desde la primera

pieza, cuyas puertas estaban abiertas, le vi á usted en esa sala, que no me es lícito pisar... le vi bailar toda la noche con doña Luisa.

EDU. Mi padre me lo habia mandado!

SUS. Porque le quiere casar á usted con ella... no hay que dudarle.

EDU. Quién te lo ha dicho? A dónde lo has visto?

SUS. (*indicando el corazon.*) Aquí... hay presentimientos que nunca engañan...

EDU. Yo te juro que jamás consentiré en semejante enlace, ó si quieres, hay un medio de tranquilizar-te y de hacerlo imposible.

SUS. Y cuál es?

EDU. No es este el sitio ni el momento propicio para comunicarte mis proyectos... Á esta hora bajan todos á la sala y nos pueden hallar solos... Pero mas tarde, mi padre y esas señoras salen á caza... Gracias á mi indisposicion podré quedarme... estaremos solos en casa... te esperaré aquí.

SUS. Sola... aquí... con usted? No, Eduardo, no seria prudente; no puedo.

EDU. Con qué quieres aumentar mis pesares! Quieres verme morir? Y tú serias la causa de mi muerte!

SUS. Qué dice usted? Yo desear su muerte! Qué medio emplea usted para decidirme!... Es usted el hijo de mi bienhechora, es imposible que me quiera engañar... vendré...

EDU. Ay, qué dicha! (*cogiéndola la mano.*)

SUS. Cielos, el señor Conde! (*viendo entrar al conde por la puerta de en medio, se acerca al velador y hace como que compone algo.*)

ESCENA V.

EL CONDE, EDUARDO, SUSANA.

COND. Con que te has levantado, Eduardo? Decían que estabas enfermo...

EDU. Padre, estoy mejor.

COND. Ya lo veo.

SUS. Si señor... yo le estaba cuidando... (*con agitación.*)

COND. Muy bien, hija mia... conozco tu bondad... tu buen corazon. Eduardo, vendrás á caza con nosotros?

EDU. No señor; y ahora mismo me siento tan débil que le pido á usted permiso para retirarme á mi cuarto.

COND. Como quieras. No se debe nunca contradecir á un enfermo.

EDU. (*aparte á ella.*) Entiendes, Susana? (*toma el brazo de Susana que le acompaña hasta la puerta de su cuarto y cuando vá á entrar dice él.*)

COND. Susana, Susana, creo que mi hijo no necesita ya de tus servicios, y doña Luisa te espera para que la ayudes á vertirse.

SUS. (*indicando el cuarto en que acaba de entrar Eduardo.*) Si, señor, como acostumbro acompañarle, queria...

COND. Lo creo, amiguita; es muy generoso el ayudar á un enfermo; pero cuando está muy débil y el apoyo no es bastante fuerte, rara vez le impide que se caiga, y el que le ayuda suele caer con él.

SUS. (*con sorpresa.*) Cómo, señor?

COND. (*cogiéndola la mano con cariño.*) Eres una buena muchacha y he prometido protegerte.

SUS. ¡Señor...

COND. Mas tarde, y cuando hayas acabado de vestir á doña Luisa, tengo qué hablarte. Anda, hija mia, cumple primero con tus obligaciones. (*vuelve por la puerta de en medio.*)

## ESCENA VI.

El CONDE, solo.

Si... al cabo lo conozco y debia haberlo sospechado antes... Criados juntos... viéndose todos los dias... se quieren... tal vez sin saberlo... á lo menos en cuanto á Susana... por lo que toca á mi hijo... sabe muy bien lo que se hace; debo, pues, empezar por él, y aunque se diga que no hay remedio contra el amor, yo conozco uno que á nada resiste, ni ama las grandes pasiones... lo esencial es emplearlo con tiempo.

## ESCENA VII.

EL CONDE, BELTRAN.

BEL. (*en el fondo.*) Perdona usía mi general...  
 COND. Ah! ¿Eres tú, Beltran... ¿Qué haces ahí inmóvil? Acércate. (*sentándose en el sillón de la izquierda.*)  
 BEL. (*acercándose.*) Es que, mi general, estoy apurado, porque tengo una cosa que pedirle á usía.  
 COND. ¿Una cosa que pedirme?... Me alegro .. será la primera.  
 BEL. Si usía no me ha dejado nunca tiempo para eso!  
 COND. Vamos, ¿qué quieres?  
 BEL. Pues, quería decirle á usía, que soy hijo de uno de sus colonos, que he salido de aquí como quinto, que nunca me he apartado de su lado, y que todo se lo debo .. Usía me ha guiado en las batallas, me ha nombrado cabo, y despues sargento: cierta noche, cuando me caí, no pudiendo caminar del frio que hacia, se quitó usía la capa para abrigar el cuerpo de su pobre soldado... Así es que ahora cuando le veo con un ataque de reumatismo, lo que sucede una vez al mes... preferiria sentir la punta de mil bayonetas.  
 COND. Y á qué viene todo eso? Qué quieres?  
 BEL. Lo que quiero? Es decirle á usía que estoy en su casa, que me dá cuarto, cama, comida, que tengo siempre dinero en mi bolsillo... La copa de aguardiente cuando quiero .. cigarros á discrecion... y todo esto hace que no carezca de nada, y que no tenga nada que pedirle.  
 COND. ¿Pues no decias hace poco...  
 BEL. Permita usía... Cuando digo que no tengo nada que pedirle... es decir que tengo algo .. Necesitaria un buen consejo... pero es necesario que le cuente á usía los pormenores, y como veo que está ocupado...  
 COND. Lo estoy, pero no importa; habla, ya que has empezado...  
 BEL. No, señor general... he esperado dos años... puedo esperar todavia, y ya que mi presencia le incomoda... (*quiere marcharse.*)  
 COND. Al contrario... llegas á buena ocasion... porque necesito de tí. (*se levanta.*)  
 BEL. (*acercándose.*) Es posible, mi general! Entonces no pensemos mas en lo que he dicho, y veamos lo que usía manda.  
 COND. De ese modo acabaremos mas pronto; porque veo que no tienes tanta facilidad para hablar, como tenias en otro tiempo para atacar al enemigo.  
 BEL. Hoy... no me sería tan fácil. Ya vé usía, con una pierna de menos...  
 COND. Y quién diantres te habla de eso? Escucha... mi hijo no hace aquí nada... pierde su tiempo .. quiero que se marche y voy á enviarle á viajar á

Italia... á Nápoles... á América, si es necesario.

BEL. (*con frialdad.*) Como lo mande mi general.  
 COND. Es todavia un secreto; pero quiero que se marche, y si puede ser que no sea mañana sino hoy mismo, dentro de algunas horas.  
 BEL. Yo no me opongo.  
 COND. Negocios personales... órdenes superiores me obligan á quedarme en España; necesito cerca de mi hijo una persona en quien yo tenga confianza como en mí mismo. Es decir, que no es un criado lo que busco, porque llevará consigo á Juan y á Santiago, pero sí un amigo... y he pensado en tí.  
 BEL. En mí... mi general.  
 COND. ¿Aceptas la comision?  
 BEL. Mi general, sería sin duda grande dicha para mí... ya se vé... no obstante, por ahora me causa pena...  
 COND. ¿Por qué?  
 BEL. Porque de acuerdo con el primo Pinto, que acabo de consultar, tenia el proyecto de casarme.  
 COND. Tú, casarte?  
 BEL. Ya no me queda otra cosa que hacer.  
 COND. ¿Y bajo pretesto semejante te niegas?  
 BEL. Pretesto!  
 COND. Sí, y sino acompañas á mi hijo, es porque ya no me quieres.  
 BEL. Señor general, no gastemos chanzas, ni palabras equívocas.  
 COND. Lo repito: es porque no me quieres.  
 BEL. Por vida... Si fuese usía otro, tendria que darme satisfaccion de semejantes palabras, y pronto le haria ver si le quiero ó no. Pero ya que lo desea, tal vez en mi vida no hallaré tan buena ocasion de pagarle á usía lo que le debo... Dentro de media hora me habré despedido de mis amigos .. Mi mochila estará pronta, y vendré á recibir sus órdenes.  
 COND. Muy bien... Ahora te reconozco y nunca he dudado de tí... Si te he ofendido, perdóname. (*le aprieta la mano.*)  
 BEL. Mi general!  
 COND. Vuelvo al instante..., y te daré mis últimas instrucciones. (*entra en el cuarto de la derecha.*)

## ESCENA VIII.

BELTRAN, despues PINTO.

BEL. Qué buen señor!... (*secándose las lágrimas.*) Pero no obstante, es muy desagradable el marcharse cuando...  
 PIN. (*entrando por la puerta de en medio.*) ¿Con que has visto al general?  
 BEL. Sí... ahora sale de aquí.  
 PIN. Y le has hablado?  
 BEL. Sin duda  
 PIN. Me alegro mucho, amigo...; deseamos mi mujer y yo que te cases... ¿Qué felicidad es el estar uno en su casa, con su mujercita!... Yo con la mia, que hace cuanto quiere, soy el mas dichoso de los hombres... En mi casa estoy como un rey.  
 BEL. Anda al diablo; me vienes á hablar de estas cosas, al momento que me voy á marchar.  
 PIN. ¿Cómo!  
 BEL. Mi general me lo manda; acaso podia no admitir...  
 PIN. Si por cierto; eres demasiado bueno; yo hubiera dicho: no quiero.  
 BEL. Tú no conoces el poder que un general, y el de-

ber, tienen sobre los soldados, con solo decir, marchen... A ellos! Aunque se sepa ir á la muerte, armas al hombro, y allí se va. Cuando se tiene la costumbre de obedecer, y que lo exige la disciplina, esto no cuesta nada.

PIN. Pues qué, no lo sé yo? Lo mismo me sucede á mí con mi mujer.

BEL. En fin, te lo contaré todo mientras comemos, porque vamos á comer juntos, acaso por la última vez.

PIN. Hombre, cuánto me alegrára; pero no puede ser, porque Paca está en el mercado y debo ir á buscarla..., y si faltára, ya ves, haría muy mal.

BEL. Lo siento! Pues entonces... Quisiera decirte... Mira: necesito dinero para mi viaje, y como no se lo quiero pedir al señor conde, es preciso que me lo prestes.

PIN. En cuanto á eso, amigo mio, con el mayor gusto... Pero antes debo hablar con mi mujer, porque si hiciera algo sin consultarla...

BEL. Pero qué demonio de hombre eres? ¿No puedes hacer nada sin su permiso?

PIN. Oh! Esta es la felicidad del matrimonio, amigo mio; es lo mas agradable... Tú lo experimentarás algun dia.

BEL. Está muy bien...; solo un favor me queda que pedirte, con permiso de tu mujer.. Escucha... Voy á marcharme con don Eduardo... Vamos á América.

PIN. Á América!

BEL. Sí, nunca he servido por esas tierras; pero en América... Ya se vé... Dicen que por allí se están sacudiendo de firme, y que es el mejor paraje del mundo para lograr algun buen porrazo...; como yo conozco al señorito, sé que obrará como verdadero aficionado.

PIN. ¿Crees...

BEL. Ya supondrás que no obstante mi pierna de palo, no dejaré de seguirle.

PIN. Pues qué, no estás contento con lo que tienes?

BEL. No... Dicen que comiendo viene el apetito... Y si truena por casualidad..., esto es muy posible..., te suplico entregues esta cartera..., y estos papeles..., á la persona..., ya sabes.., no los traia yo para esto...; pero en fin..., en estos casos se cuenta con los amigos.

PIN. Y puedes contar conmigo hasta la muerte...; qué no haria yo por un primo, por un amigo?... Dime, podré hablar á mi mujer de este encargo; ¿no te enfadarás?

BEL. No... Solo hubiera deseado abrazarla antes de marcharme.

PIN. Pues voy pronto á buscarla, y pasaremos juntos por tu casa. Qué diantre, de aquí hasta entonces no te habrás marchado .. No son mas... (saca el reloj) Ay, Jesús, las once!... Y mientras charlo aquí no se hacen los negocios... (yendo á la ventana de la derecha.) Juan, pon pronto la albarda al rosí.

BEL. Pero, escúchame.

PIN. Hablaremos de todo eso andando; porque mi mujer me espera; no la he visto desde esta mañana, y siempre me regaña cuando me ausento.

BEL. Pues semejante amor es un verdadero suplicio.

PIN. Ese suplicio es la dicha de mi vida. Es tan buena, que cuando se enfada es para mí un nuevo placer, y si al rededor de mi no oigo gritar á nadie, empiezo á temblar, creo que he enviudado. (vase por la puerta de en medio.)

ESCENA IX.

EDUARDO sale de su cuarto, va á la puerta del foro para asegurarse que PINTO y BELTRAN se han marchado.

EDU. Por fin se alejan... He visto á mi padre y á esas señoras entrar en los coches... Todos se han marchado, y gracias á Dios estoy solo en la casa... Me hubiera sido imposible sin esta enfermedad fingida, el quedarme solo con Susana. Yo tiemblo como un azogado, y esta misma agitacion me procura, no obstante, un placer indecible... Momentos de inquietud y de esperanza, de temor y de placer que precedeis á una primera cita... ah! vosotros sois aun mas agradables que todos los que la siguen... Alguno viene... Es ella, la reconozco en el leve ruido de sus pisadas, y aun mejor en la palpitacion de mi pecho .. No hay que dudar... Ella es!... Corramos... Cielos, mi padre!

ESCENA V.

EDUARDO, EL CONDE.

COND. Amigo mio, cómo estás? Venia á saber de tu salud. Hola! Te habia dejado sin vestir, y ya tan petimetre!

EDU. Sí, señor... Estoy mucho mejor... Iba á salir... Pero le creia á usted en caza...

COND. Habia salido...; pero me he sentido algo indispuerto..., y he preferido quedarme aquí, para hacerme cierta compañía.

EDU. Mil gracias...—(Ay, Dios!) No obstante, es muy particular que usted, que estaba tan bueno esta mañana, se halle repentinamente desazonado.

COND. Mucho mas extraño me parece, que tú, que estabas tan malo esta mañana... En todo caso tu situacion es mejor que la mia.

EDU. (Sí! Bonita es .. No puedo mas... Estoy sobre áscuas... Vamos á lo menos á prevenir á Susana...) (yéndose)

COND. A dónde vas?

EDU. Nada..., iba al jardin..., iba á casa de Pinto para arreglar mis cuentas con él.

COND. Muy bien; allá iremos los dos.

EDU. (Qué suplicio!)—Tengo entre manos un negocio que me interesa...

COND. Dimelo.—Acaso mi pregunta te ofende, ó mi vista te importuna? (viendo que no responde.)

EDU. (con viveza.) Cómo! No, señor... (con aire embarazado.) Pero el motivo de este asunto...

COND. (con severidad.) No puede ser muy honroso, hijo mio, cuando temes los consejos y la experiencia de tu padre.

EDU. Señor, podria usted suponer... No sabia yo mismo á donde iba.

COND. Pues yo te voy á decir; ibas á buscar á Susana para ver si podias tener con ella esa cita que le has dado, y á la que no vendrá.

EDU. Ay, Dios!... Quién ha podido decirle á usted...

COND. Susana misma, con quien acabo de hablar, y que me lo ha confesado todo anegada en lágrimas.

EDU. (Soy perdido!) (abatido.)

COND. (acercándose con dulzura.) Eduardo, esa muchacha es la ahijada de tu madre; es, por decirlo así, tu hermana. .; es una jóven sin experiencia, debias ser su protector y su amparo..., y querias seducirla.

EDU. No, señor.

COND. Sí, tales eran tus proyectos.

EDU. Ah, señor!... Mi única esperanza era ocultarle á

## El casamiento por convicción

usted un amor que debía escitar su cólera... Pero ya que todo lo sabe usted, y que no tengo que guardar miramientos... Confieso que adoro á Susana... Que no puedo vivir sin ella... que mi única felicidad... mi único deseo es el casarme con ella.

COND. Casarte con ella!... Escucha, Eduardo...; no te repetiré lo que dicen en tales casos los padres y tutores ..; pero sabes quién soy; sabes que nada en el mundo es capaz de desviarme de mis deberes, y así no te declaro que á pesar del cariño que te profeso, preferiria verte muerto antes que consentir en semejante enlace.

EDU. Pues bien... , quedará usted satisfecho, porque si usted me rehusa la mano de Susana, si no puedo conseguirla, me mataré.

COND. Hola! Conque usted quiere matarse... Ya me lo esperaba yo... Pues bien, señor mio, siéntese y escuche. (*se sientan.*)

EDU. (Qué me querrá decir?)

COND. Pues señor, en otros tiempos, cuando yo tenia diez y ocho años, era un loco, un extravagante como usted... Me enamoré de una jóven costurera que me adoraba, y que era amable y bonita... como Susana...; pero por fortuna yo tenia un padre prudente y racional... , como yo lo soy ahora .. Tambien queria yo casarme con el objeto de mi amor; porque cuando se está en la edad que usted tiene, siempre se habla de casarse, lo mismo que usted; y es lo regular; protestaba que me mataria... , hice mas; tenia muy mala cabeza, y aunque me parecia cruel el renunciar en la edad de diez y ocho años á la gloria, á una carrera brillante que se me presentaba, me quise salir con mi tema, y un dia mi querida y yo tomamos el último capítulo de Werter... , esto es, una dosis de ópio, y nos envenenamos en amor y compañía.

EDU. Cielos!

COND. Por desgracia vinieron á socorrernos, y por mayor desgracia, mi padre, viendo semejante amor, desistió de sus principios y tuvo la debilidad de consentir en nuestro enlace... Lo creerias? al año, ya pleiteábamos pidiendo nuestra separacion. Y yo mismo me juzgaba el mas desgraciado de los hombres. . Hé aquí, señor mio, como empiezan y acaban siempre estos matrimonios de inclinacion.

EDU. Qué me dice usted?

COND. Lo que nunca debias haber sabido .. Poco tiempo despues enviudé, y entonces contraje un matrimonio fundado en la conveniencia, en la razon. Me casé con tu madre, á quien respetaba y estimaba; pero estaba lejos de adorarla... El amor vino mas tarde; no ese amor que nace del delirio de los sentidos ó de la imaginacion; sino un amor verdadero, afirmado por el tiempo, por nuestra mútua felicidad, por todas las virtudes que descubrí en ella... Tú has presenciado esta felicidad inmutable, esta paz interior del matrimonio... Sirvante, pues, de guia estos recuerdos... Piensa en tu madre; y escoje.

EDU. Una sola reflexion me atreveré á oponer á lo que acabo de oír; y es, que no fueron dignos de usted sus primeros amores. Al contrario, Susana, educada por mi madre en la escuela de la virtud, se halla adornada de prendas que me responden de su constancia. (*se levantan.*)

COND. Y quién me responderá de la tuya? Aunque un padre deba ignorar ciertas cosas, sé que no es esta la primer pasion que has tenido; y cuando se haya evaporado ese primer ardor... ya no te quedará

sino el sentimiento de tan grave yerro y los pesares de haberle cometido. Mi prudencia quiere ahorrarte esos pesares, y hasta que vuelvas á la razon, yo sabré hacerte feliz contra tu voluntad. Esta misma noche saldrás de casa.

EDU. Yo... señor... (*Susana oye estas últimas palabras, pero se queda hácia el foro.*)

Sus. Ay, cielos .. vá á partir..

COND. Aquí está Susana, á quien he mandado venir para que te despidas de ella. (*Susana se acerca.*)

EDU. (*yendo hácia Susana.*) Ah! Si usted me obliga á abandonarla... le juro que ejecuto al instante el proyecto de que hablaba hace poco.

COND. Infeliz! Puedes hablarme así? Quiéres aprovecharte de lo que te he confiado? Pues bien, ingrato, ya que nada te conmueve, anda, déjame, corre á la muerte... Otros vendrán y cerrarán mis ojos.—Hé aquí el terrible castigo que recibo de mis primeros errores, yo tambien en otro tiempo abandoné á mi padre, si he merecido tener semejante hijo, justo era que lo tuviese.

EDU. Padre, padre, perdóneme usted. (*de rodillas.*)

COND. Este nombre me recuerda todas mis obligaciones, y ya sé lo que me queda que hacer... Vete á la sala, allí están esas señoras... Mas tarde te comunicaré mis órdenes .. Vete! (*Eduardo se inclina y entra en el cuarto de la derecha*)

### ESCENA XI.

EL CONDE, SUSANA.

Esta es la primera vez que mi hijo se atreve á desobedecerme! Ya ves, Susana, á lo que has dado lugar.

Sus. Sí, señor, yo he traído la discordia, el desorden á esta casa en que no he recibido sino beneficios... Pero no permitiré que el hijo de mi bienhechora se ausente... No quiero que por mi causa se prive usted de su presencia, de su cariño...; que se quede en la casa de sus padres y sea yo la despedida.

COND. Y á dónde irás? No, Susana; no, amiga mia, no soy injusto... Si has cometido algun error, es sin quererlo, y la conducta que has observado esta mañana, la sinceridad de tu confesion, bastaria para hacérmelo olvidar... Te diré más; reconozco en tí cualidades y virtudes que desearia que tuviese la mujer de mi hijo... pero no necesito añadir que semejante enlace es imposible; no porque Eduardo sea noble y tú no lo seas;—mi nobleza es de ayer, solo la debo á mi espada... pero te hablo interesado en tu felicidad; en la de mi hijo... hay conveniencias, que se deben respetar, y la sociedad se venga en los que se atreven á despreciarlas... Si mi hijo se casara con la doncella de su madre, la opinion te rechazaría de esa sociedad en que el tratará de introducirte. Lo notaria; se veria avergonzado en tí misma, y pronto dejaria de quererte, porque el orgullo es, por desgracia, el primer móvil del amor... Entonces, despreciada de todos, abandonada de tu marido, solo te quedaria yo, si amiga mia, yo que ya soy viejo, y que no podria consolarte mucho tiempo.

Sus. (*llorando*) Sí... si... tiene usted razon .. seria muy desgraciada .. pero aunque lo fuera más... no importa... seria esposa de Eduardo.

COND. (*mirándola con compasion.*) (Pobre jóven, á su edad lo mismo decia yo!) (*alto.*) Con qué le quieres mucho?

us. Mas que á mí misma; mas que á mi vida; pero no mas que á mis deberes.

COND. Pues invoco y te recuerdo esos mismos deberes... Huérfana, abandonada del género humano, ibas á perecer cuando mi mujer te recogió; te ha educado como á una hija suya... pero su amistad no dejó de inquietarse así que advirtió el cariño que te tenia Eduardo; y previendo sus funestas consecuencias, en la hora de la muerte te escribió!... Aquí está su carta.

us. (*mirando el sobre.*) Sí, esta es su letra, y es para mí. Ay, Dios! (*besa la carta, la abre y lee en voz baja con agitacion.*) Mi bienhechora implora mi piedad! Me encarga que haga la felicidad de usted y la de su hijo. (*se echa á los pies del conde.*) Ah! disponga usted de mí; mi suerte, mi vida está en sus manos

COND. (*la levanta.*) Susana, Susana... no se hable mas de beneficios; yo soy el que debo estarte agradecido.

us. Qué debo hacer?

COND. Renunciar á Eduardo.

us. Yo lo he prometido.

COND. No basta: es preciso que pierda toda esperanza... Te has de imponer á tí misma la obligacion de olvidarle, y para conseguirlo, Susana, debes casarte al instante.

us. Gran Dios! (*con agitacion volviendo en si.*) Cumpliré con mi palabra, si señor, obedeceré

COND. Puedes fiar en mí; yo cuidaré de tu felicidad y te buscaré un hombre de bien, un hombre de honor...

us. Si lo escoge usted, me basta; lo admitiré.

COND. En cuanto al porvenir... tu fortuna corre de mi cuenta.

us. (*interrumpiéndole.*) Ay, señor!

COND. Perdona... te he ofendido: semejantes sacrificios no se pagan... pero la amistad al menos puede compensarlos, y cuenta con la mia para siempre.

us. Ah! Eso es lo único que pido. (*se echa en sus brazos.*)

COND. Vamos, vamos, necesitamos valor... déjame, déjame, amiga... Voy á pensar en todo esto, y cuento contigo; sí, cuento contigo.

#### ESCENA XII.

EL CONDE, solo.

No hay duda que se necesita valor... Veinte veces me estado por llamarla mi hija y consentir en todo... Pero así se hacen las locuras; así se preparan mil pesares... (*se seca los ojos.*) Vamos, vamos, la sensibilidad no vale nada para el caso... La razon, mi propia esperiencia, todo me dice que he obrado bien... que el tormento de un instante debe asegurarse la felicidad de todos... En una palabra, he hecho mi deber... y mi divisa es: «haz lo que debes, y suceda lo que quiera;» lo que importa por ahora, es no perder tiempo y buscar pronto un marido digno de Susana... (*piensa un rato.*) ¿quisiese admitir?... Y por qué no? No conozco otro mas hombre de bien. Honor... providad... la bondad misma...

#### ESCENA XIII.

COND. BELTRAN, en traje de viaje, casaca azul, chacó, sable, y la mochila al hombro.

us. (*hacia el foro, la mano al chacó.*) Mi general,

aquí estoy con armas y equipaje, pronto á marchar al primer redoble de caja.

COND. He mudado de proyecto, ya no te vas. (*Beltran lleno de alegría pone su mochila y chacó en una silla y se acerca al conde.*)

BEL. Qué dice usía? Es posible?

COND. Quiero pedirte otro favor.

BEL. Y qué es?

COND. Es preciso que te cases.

BEL. Qué me case?

COND. Sí, lo espero de tu amistad.

BEL. Mi general! Permítame usía... Esto es otra cosa.—Sé cuán agradecido debo estar á sus bondades; á su generosidad, pero no debe llegar mi agradecimiento hasta el punto de esponerme á un matrimonio peligroso. Preferiria mil veces atacar á una bateria; porque ya sabe usía, mi brazo le pertenece, le he dedicado mi corazon, mi sangre, mi vida, pero en cuanto á lo que me dice usía, no... eso no.

COND. Cómo no? No pierdas esta ocasion..., y me darás las gracias; es un ángel de bondad y de dulzura...; un verdadero tesoro.

BEL. Sea quien fuere..., ya me he tomado la libertad de decirle á usía que la posicion..., la posicion..., (*indicando al corazon.*) está ocupada por fuerzas superiores..., es decir, que estoy enamorado.

COND. No importa; cualquiera que sea el objeto de tu cariño, nunca podrá compensarte como Susana.

BEL. Susana!... Es posible!... ¡Pero si es ella á quien amo! La misma, cuya mano no me atrevia á pedir á usía.

COND. De veras?... Me alegro; ¡cuán grato será para mí el hacer la felicidad de las dos personas que mas estimo y quiero en el mundo!

BEL. (*lleno de alegría.*) Yo no puedo mas; el gozo me ahoga; no me cabe en el pecho; y si algun pesar me queda, es el no poderme hacer matar por usía.

COND. No ves que eso descompondria tu casamiento.

BEL. Es cierto... Tiene usía razon...; pero la ocasion se presentará, mi general, se presentará; yo lo espero..., no obstante, antes de todo, ¿usía me asegura que la señora Susana lo aprueba?

COND. Sí, amigo mio; y por qué no? Tienes treinta y seis años, todavia eres joven... , bien formado...

BEL. Sí, si no fuera por lo que me falta... (*indicando la pierna.*)

COND. Qué importa? Es una desgracia... Nunca me has explicado cómo te ha sucedido. Qué diantre! En nuestra carrera jamás se ha visto romperse uno la pierna de una caída.

BEL. Es cierto; yo merecia mejor suerte; pero ahora las balas escasean..., en fin, era lo que siempre me hacia temblar.

COND. Aquí viene Susana que podrá tranquilizarte.

#### ESCENA XIV.

Los precedentes, SUSANA en el foro.

COND. Ven, amiga mia. (*yendo á recibirla.*)

BEL. (*Qué bonita que es!*)

COND. Me has prometido admitir el marido que te presente; aquí le tienes.

SUS. Ay, Dios! (*atónita.*)

BEL. (*al conde.*) Mi general, estoy temblando; me parece que nunca le podré agradar.

COND. (*á Susana.*) No le hubiera escogido si conociera otro mas hombre de bien.

BEL. (*No contesta; pierdo toda esperanza.*)

COND. Habla. (*á Susana.*)

Sus. Ya sabe usía que puede contar con mi obediencia. (*con agitación.*)

BEL. Qué es lo que oigo! Qué dicha! (*á Susana.*) Conque usted consiente?

Sus. Sí, señor.

BEL. (*loco de contento.*) Vaya, vaya, recobro mi valor; he podido interesarla! Ah! No viviré sino para hacerla feliz. Qué hermosa!—Oh ventura!

COND. (*aparte mirando á Susana.*) Su virtud y su resignacion salvan el honor de mi hijo; y esta boda asegura la tranquilidad de todos.

Sus. (Si, ya lo veo, tengo que ceder, debo sacrificarme á la felicidad general; tengamos valor, y ocultemos á la menos la desesperacion de mi alma.)

#### ESCENA XVI.

*Los precedentes, todas las señoras y caballeros que se hallan en la quinta, despues EDUARDO.*

COND. Amigos míos, hoy se nos prepara un nuevo placer, un nuevo motivo de alegría. Vamos á firmar un contrato de matrimonio.

EDU. (*acaba de entrar.*) Quiénes son los novios?

COND. (*presentándole á Susana.*) Esta es la novia.

EDU. Ay, Dios!

COND. (*bajo á Eduardo.*) Calla, si quieres salvar su honor; y averguénzate de tener menos virtud que ella.

EDU. (Yo juro que ese fatal casamiento que me desespera, no se cumplirá.)

COND. Yo te prometo velar sobre tí. (*observando á su hijo.*)

(*Beltran dá la mano á Susana y sale con ella; las señoras les siguen, el conde detiene á Eduardo que queria tambien seguir á Susana. Eduardo lleno de dolor se deja caer en un sillón. Caen el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un pabellon, adornado con gusto. Una puerta en medio. Á la derecha una ventana con persiana; á la izquierda un cuarto, cuya puerta permanece siempre cerrada: junto á la puerta de enmedio, y á la derecha, un biombo doblado.

#### ESCENA I.

PINTO, PACA.

PACA. Pues no quiero.

PIN. Ya entiendo, mujer; yo tampoco lo quiero; pero el general lo manda.

PACA. No importa, no debias permitirlo; dejar marcharse á ese pobre Beltran, nuestro pariente, nuestro amigo... Él es la honra de la familia; es el único militar que hay en ella, y si le matan, por cierto que no le reemplazarás tú.

PIN. Pues no es eso lo que me decias hace un rato

PACA. Oh! Hay tiempo para todo; no se trata de eso por ahora; dime, se ha marchado Beltran?

PIN. Creo que sí, porque ha ido á su casa á arreglar su mochila, y desde entonces no se le ha vuelto á ver.

PACA. Y sin que le háyamos dado un abrazo..., ni siquiera preguntarle si se le ofrecia algo...

PIN. Sí por cierto... Me pidió algun dinero, pero no quise sin prevenirte...

PACA. Pues qué, necesitas mi licencia para servir á un amigo? Qué bestia!

PIN. Qué buena eres! .. Qué buen corazón!... No hay mujer semejante en el mundo.

PACA. De modo que esta mañana mientras estaba en el mercado y me ocupaba en nuestros negocios no has hecho sino tonterías... Ni siquiera has tenido talento para pagar al amo y recoger su recibo.

PIN. ¡Pero qué quieres, mujer, si nadie en esa familia tiene prisa de recibir dinero! El padre dice que es de su hijo, porque proviene de bienes de su madre; y el hijo me ha dicho que no tenia tiempo para eso, y que mas tarde ajustaria cuentas contigo y te esperaria en este pabellon.

PACA. Y yo he querido que me acompañaras.

PIN. Por qué?

PACA. Porque..., no necesito darte otra razon. Ahí tienes el por qué.

PIN. Tienes razén! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

PACA. Los hombres, y particularmente este... no adivinan nada ... no piensan en nada, y si una no tuviera cabeza por dos, no sé de veras que seria de la suya.

PIN. Qué dices, mujer?

PACA. Nada, hablo de cosas que no te tocan... Ya que Beltran se ha marchado, es preciso á lo menos pensar en sus intereses... Has visto á Susana? Le has hablado de nuestro primo?

PIN. Si tú te habias encargado de hacerlo!

PACA. Tienes razon...; pero este viaje lo mudaba todo.

PIN. Pues debias decírmelo... Cuando no me dices por la mañana lo que he de hacer por la tarde, y yo que no acostumbro á pensar solo...

PACA. Vamos, vamos, no hay que desalentarse, volveré á componerlo todo.

PIN. Pero tambien... ¡Si siempre me estás regañando!

PACA. Sí, pues quéjate, querido esposo, soy demasiado buena; pero en fin, si he cometido algun error... Hagamos las paces... Te perdono.

PIN. Vaya que estas paces no te cuestan caro.

PACA. Ven, dame un abrazo, que siempre es algo el pagar los gastos de la guerra.

PIN. ¡Jesus qué buena mujer que tengo, qué mona... qué... (*se acerca á darle el abrazo*)

PACA. El señor Conde. (*le rechaza.*)

#### ESCENA II.

*Los precedentes, el CONDE, y SUSANA, vestida de novia.*

COND. (*Cuando el Conde entra con SUSANA, PINTO y su mujer se retiran á la izquierda.*) Muy bien, muy bien, Susana; estoy contento de tí.

PACA. El señor Conde dá la mano á Susana!... Qué maja que está!... ¿qué significa esto?

COND. Esto significa, amiga Paca, que Susana acaba de casarse.

PIN. y PACA. De casarse?

COND. Ahora mismo....

PACA (*á Pinto*) Ay, Dios! Ya ves lo que has hecho... Tu tienes la culpa... Ahora ya es demasiado tarde.

COND. Tarde, y para qué?

PACA. Para hablarle de una persona que la quiere como un loco hace dos años... sin atreverse á decir palabra... y yo me habia encargado, señor Conde, de decírselo á Susana, porque es un amante tan tímido, tan delicado...

COND. Lo creo; pero como tú has dicho, ya es demasiado tarde.

PACA. Es cierto... está casada... debo callar... Pero cuando pienso en ese pobre Beltran...

COND. Beltrán!

PACA Sí, señor, él es quien la adora.  
 COND. Pues si acaba de casarse con ella.  
 PIN. Y PACA. Es posible!  
 COND. Si, amiga, habla ahora cuanto quieras.. no te lo impediré. (*Paca y su marido pasan al lado de Susana que se halla en medio de ellos. El Conde á la izquierda.*)  
 PACA. Qué contenta que estoy! Quiero darte la enhorabuena... Esta buena Susana... Con que ahora es nuestra prima?... Pero cómo ha sido eso?... ¿Con que usía lo ha sospechado? Porque jamás el pobre Beltran hubiera podido decidirse... Figúrese usía que todas las tardes venia á casa y decia: no me atreveré nunca, no admitirá... Y en seguida el pobre lloraba, ah! si supiera usía cuán cruel es el ver llorar á un militar... daba una pena...  
 PIN. (*á Susana.*) Y ésta mañana cuando pensaba en marcharse, me dió estos papeles para entregárselos á usted, si le sucedia alguna desgracia... Todo lo que tenia... lo que le ha dado el señor Conde... todo era para usted, Señorita.  
 SUS. Qué me dice usted.  
 PINT. Aquí están... Ahora pertenecen no á él, no á usted, sino á usted y á él .. Sin contar lo que sin duda les va á regalar el señor Conde... porque estoy bien seguro...  
 SUS. Pinto!  
 COND. Eso queda á mi cuidado. . pero ahora dejadnos solos.  
 PACA. Es que queriamos hablar con el señorito con motivo de los arrendamientos... y lo esperábamos aquí.  
 COND. Ya no vive en este pabellon... Así lo he dispuesto; pero si quieren ustedes verle en la quinta, no hay que perder tiempo .. porque dentro de dos horas estará en camino.  
 PACA. Pues, vamos de priesa... Adios, señor Conde... A mas ver, prima.. Aunque mejor educada que nosotros, sé que es usted buena, que no tiene orgullo y que nos permitirá quererla como queremos á Beltran, no es verdad? Pero Pinto, que haces ahí, no ves que me asoman las lágrimas á los ojos... Vamos pronto... Adios, señor Conde, adios, pima.

ESCENA III.

CONDE, SUSANA.

COND. Ya estamos solos... y debo darte mil gracias por tu resignacion y tu generosidad... No dudo que recibas la recompensa y que seas dichosa con Beltran... Ya has oido lo mucho que te quiere... y no obstante su amor, has visto su sumision, su respeto, cuando le has dicho que deseabas hablarme y quedarte sola conmigo.  
 SUS. Sí, le estoy muy agradecida... Lo que usted me ha dicho, lo que acabo de oir..., todo me tranquiliza... Pienso como usted... que Beltran es un hombre de bien... deseo poderle amar... haré lo posible para ello.  
 COND. Y lo conseguirás.—(*despues de un momento de silencio.*) Voy á marcharme, Susana, y llevo conmigo á mi hijo.  
 SUS. Tanto mejor. (*hace un movimiento y despues lo siente.*)  
 COND. No ha presenciado tu casamiento.  
 SUS. Se lo agradezco.  
 COND. Ese agradecimiento lo guardo para mí, porque he tenido la precaucion de encerrarle debajo de llave... Ahora poco le he puesto en libertad...

Os doy á Beltran y á tí este pabellon que está á lo extremo de mi jardin, y tambien las treinta fanegas de tierra que lo cercan... Es poca cosa, lo sé; pero he temido que si se sospechaba el amor de mi hijo, un regalo mas considerable no lo confirmase.. y antes de pensar en la fortuna de tu marido, he debido mirar á su honor, á su tranquilidad... En lo sucesivo... veremos.  
 SUS. Ah, señor conde, ya es demasiado; y semejante generosidad debe perjudicar á los intereses del señorito.  
 COND. Tranquilizate..., le he hecho ver esta donacion..., la ha tenido en sus manos..., la ha firmado y sellado .., puedes admitirla sin escrúpulo. (*presenta un pliego cerrado á Susana*). Adios: te dejo en tu casa y con tu marido. (*vase.*)

ESCENA IV.

SUSANA, sola.

SUS. Mi marido!... Yo casada!... Aun no lo puedo creer... Y con quién? Pobre Beltran! Querirme hace dos años sin atreverse á decírmelo... ¿Y cómo no lo he notado? Ah! Es que mi corazon y mis ojos se ocupaban en otro... Como no llegué á tener alguna sospecha del amor de Eduardo!... Por fortuna el señorito vá á marcharse y quiero olvidarlo todo... (*mira el pliego.*) Si, todo, á no ser sus beneficios. Quiero ver una sola vez su letra, y será la última, lo juro, que pensaré en él... (*abre el pliego.*) Ay, cielos, una carta suya! (*lee deprisa.*) «Estás casada y no he podido estorbarlo...; pero si te interesas en mi felicidad..., en mi existencia, es preciso que te vea antes de dejar esta casa, aunque no sea mas que cinco minutos.» (*parándose.*) Quién? Yo... Jamás! «Si lo apruebas, si puedo verte, abre la ventana del pabellon. Si no lo consientes, mira que tengo ya el cuchillo dirigido contra mi pecho..., y que de tí depende mi vida ó mi muerte..., pronuncia.» Infeliz! Es capaz de hacerlo como lo dice... Y yo seria la causa de..., no... (*corre hácia la ventana y la abre.*) Suceda lo que quiera... Pero alguien viene... Es él? No: es Beltran, es mi marido.

ESCENA V.

SUSANA y BELTRAN, quedándose junto á la puerta.

BEL. Le incomodo á usted, señora Susana?  
 SUS. Á mí, no señor; no por cierto.  
 BEL. Deseo hablar un rato con usted... (¿Qué linda está con el vestido de novia! Y que sea mi esposa tan hechicera mujer!—No importa, me parece que nunca me atreveré á darle este nombre.)  
 SUS. Qué quiere usted, señor Beltran?  
 BEL. Lo que siempre..., verla á usted..., porque no sabe usted, señorita; no querrá usted creer que hace dos años...  
 SUS. Sí, señor..., lo sé..., lo he sabido por Pinto y su mujer..., por el señor conde: me han dado á conocer todas las virtudes que le hacen á usted acreedor á la estimacion general.  
 BEL. Han hablado á mi favor? Ya lo decia yo..., y ahora entiendo..., porque ya suponía yo que no era por mi persona .. (*mirando su pierna.*) Yo me conozco, señorita..., y aunque un buen soldado como cualesquiera..., al fin, mi desgracia... Así es que cuando la veo, y miro, digo que debe usted ser muy buena..., que soy el mas dichoso de los hom-

bres, y precisamente vengo á pedirle á usted mil perdones de esta misma felicidad.

Sus. Cómo?

BEL. Sí, señora... Cuando el señor conde me dió esta noticia..., hizo en mí el efecto de una bala de cañon, y he admitido sin saber lo que me hacia; porque ya vé usted, una bala de cañon le aturde á uno, se ven mil luces...; pero no importa, se sigue ándando... Cuando se me pasó la primera sorpresa, dije para mí: «Es preciso consultar á la señora Susana, y darle tiempo para pensarlo.» Quería, pues, proponerle á usted diferir algunos dias, algunas semanas..., bien á pesar mio...; pero cuando se ha esperado dos años... empieza uno á acostumbrarse.

Sus. ¿Y quién le ha estorbado á usted seguir ese proyecto que mi corazon hubiera agradecido?

BEL. Quién me lo ha impedido? Un anónimo en que me dicen lo siguiente... «Si te casas hoy con Susana..., si no difieres tu casamiento... Tiembla por tu vida.» Temblar!... Yo no conozco el miedo; y por lo mismo me he casado al instante.

Sus. Y si ejecutan esa amenaza?

BEL. Y qué me importa?... Bien merece usted que se corra algun riesgo... Pero no hay que inquietarse..., los conozco..., ninguno se atreverá á moverse.

Sus. (Ay, cielos!)—¿Sospecha usted por casualidad quién ha podido escribirle esa carta? (*se acerca á la ventana que habia abierto, y la vuelve á cerrar con disimulo.*)

BEL. Ya se vé..., quién ha de ser! Alguno de esos señoritos de Madrid que se hallan en la quinta, porque veinte veces lo he notado; todos están enamorados de usted..., si, todos..., á no ser el señor conde y su hijo... En cuanto á ellos, eso es otra cosa, es gente honrada, y sin dificultad me fiaria de ellos..., porque son buenos, y despues de usted son las personas á quienes amo mas en el mundo.

Sus. (Cielos!)

BEL. Qué tiene usted?

Sus. Nada... No estoy buena.

BEL. Está usted desazonada? Tal vez abriendo esa ventana... (*vá hácia la ventana*)

Sus. (*deteniéndole.*) No..., no vaya usted... No será nada... La turbacion..., la agitacion...

BEL. Ya entiendo, señorita; si..., en un dia como este..., un marido... siempre impone...; y sobre todo, un marido como yo; pero lo único que exijo es, que me hable con franqueza.

Sus. Lo prometo.

BEL. Susanita..., me amaba usted?

Sus. No..., todavía no.

BEL. Ya me lo figuraba yo..., no puede usted quererme como yo la quiero..., no es posible..., y no debo exigirlo... ¿De modo que solo se ha casado usted por amistad..., por reflexion?

Sus. Sí, señor.

BEL. Pues eso le dá á usted aun mas mérito á mis ojos... y mayor agradecimiento la debo... Tan jóven y tan bonita, rodeada de amantes y de seducciones; usted que es buena y honrada, ha preferido una suerte pobre, pero honrosa... No ha temido casarse con un soldado... Pues... ese soldado sabrá recompensarla...; empleará su vida en darle mil y mil gracias, y en hacerla feliz... Antes morir que causarle á usted el menor disgusto, ó costarle una sola lágrima... No necesito decirlo... yo no soy nada aquí; usted es la reina, diga, mande... Ya no

conozco otro coronel mas que usted... Este pabellon que nos ha regalado el señor conde... la tierra que nos ha cedido, mis dispersos, mi pension de la cruz, y mi vida tambien... todo le pertenece á usted... Mi mayor delicia será el ver á mi mujer sobresalir por sus galas entre todas las de la aldea, como sobresale por su hermosura; y ¡cuál será mi orgullo al ver engalanada esa frente tan bella con el premio de mis servicios! Ah! No podré pensar en mi dicha sin acordarme de mi antigua gloria... Mire usted, Susanita; en los bailes... los dias de fiesta estaremos siempre juntos... Ya puede usted considerar que mi situacion no es la mas á propósito para correr en pos de nuevos amores... Siempre estaré en centinela junto á usted..., á su lado..., no para sujetarla... ni incomodarla en sus diversiones...; pero solo le pido, que si necesita un apoyo, estienda la mano, y se acuerde que está allí su fiel, su amoroso Beltran.

Sus. Ah, señor! Tanta bondad...

BEL. Lo único que apetezco es la estimacion de usted, su amistad... Permítame usted que procure hacerla dichosa... Permítame que la quiera, y tal vez un dia llegará usted á imitarme... Dirá usted... «Ese pobre Beltran... es mi mejor amigo; me quiere tanto, no debo ser ingrata;» y como tiene usted muy buen corazon... ¡quién sabe hasta dónde puede llegar el agradecimiento! Si señora, estas son mis esperanzas..., y entre tanto, como me acuerdo del temor que usted ha manifestado hace poco, quiero sobre todo tranquilizarla, y convencerla de que no hay sacrificio que no sea yo capaz de hacer por mi Susana.

Sus. Qué dice usted?

BEL. El señor Conde nos ha regalado este pabellon que habia hecho componer para sí mismo; tiene dos cuartos que se comunican. El de usted que es el mas bonito, es el de la derecha.—Aquí está la llave;... se la entrego á usted, señora, y sin volver á hablar de ella, esperaré que usted me quiera bastante para devolvérmela. Esta noche contamos con todos los del pueblo, y voy á prepararlo todo; ¡usted bailará... Es preciso...

Sus. ¿Pues qué, sin usted...

BEL. No importa, yo me colocaré detrás de usted; con los ojos seguiré sus pasos, y si no bailo, tendré á lo menos el gusto de verla á usted bailar.

#### ESCENA VI.

SUSANA, sola.

Sus. Qué buen hombre! Desearia amarle, ¡y cuánto lo merece!... ¿Pero por qué no depende de mi? ¿Por qué otro objeto, que desearia... y que no puedo olvidar, está siempre aquí... en mi corazon? Sabré á lo menos alejarle de mi vista; cumpliré con mi obligacion... Corresponderé á la confianza de Beltran, y no volveré á ver á Eduardo. Ay, Cielos ¡Él es! (*en este momento se presenta Eduardo á la ventana del pabellon.*)

#### ESCENA VII.

SUSANA, EDUARDO, en traje de camino.

EDU. Susana... se ha marchado?

Sus. Qué viene usted á hacer aquí? ¿Me viene usted á perder?

EDU. (*yéndose á Susana.*) No... pero vengo á reclamar mis derechos...; esos derechos que la perfidia intenta en vano arrancarme... Tú eres mia... me

pertenece por tu amor...Hasta ahora te he respetado... y cuando pienso que hoy mismo otro ha conseguido un premio que yo solo merecia... que ese Beltran... á quien te han sacrificado...

Sus. ¡Señor...

Edu. (con la mayor agitacion.) Esta idea me hace saltar la sangre de mis venas.

Sus. Estoy casada. Mi marido es acreedor á mi estimacion y á la vuestra, y para merecerle no debo escucharle á usted... Déjeme usted.

Edu. Dejarte! No lo creas; aquí me quedo; ningun peligro me puede hacer temblar; nadie es capaz de arrancarme de este sitio.

Sus. Con que ni la idea de comprometer mi felicidad... mi-reputacion. Ah, señor! qué diferencia! No es esto lo que acabo de oír.

Edu. Es que nadie te ha querido como yo. Las obligaciones que has contraido contra tu voluntad... contra tu corazon, ¿son acaso massagradas que las promesas que me has hecho? Sí, Susana... he recibido tus juramentos... soy tu amante, tu marido... Ven... huyamos... sígueme si me amas... (quiere llevársela.)

Sus. (rechazándole.) Nó, jamás!... usted no tiene piedad de mí; pues obraré lo mismo con usted... Cielos, oigo ruido! Alguien viene... Retírese usted.

Edu. No, de aquí no me muevo.

Sus. Váyase usted; sino lo hace por mí, por mi marido á lo menos... por su tranquilidad; recurro al honor de usted... á su amor... aléjese usted al instante, ó creeré que nunca me ha querido.

Edu. Lo exiges? Me retiro —(se acerca á la ventana y se aparta de pronto.) Pero Beltran está debajo de la ventana, dando órdenes á los obreros.

Sus. (indicándole la puerta de enmedio) Pues baje usted por la escalera.

Edu. (oyendo hablar fuera.) Es imposible... Paca viene... Qué querrá? No temas, Susana, tendré prudencia. (se esconde detrás del biombo y le cierra sobre sí.)

Sus. Ay dios!... Cuanto me castigais por haberle escuchado un solo instante!

ESCENA VIII.

EUARDO (detrás del biombo.) SUSANA, PACA.

PACA. (hablando fuera.) Si, señores: con mucho gusto bailaré una contradanza, aunque en mi vida las he visto mas gordas; y veinte si es necesario. En cuanto á Walsar de ningun modo; no por que mi marido tenga celos..., pero es preciso tener prudencia, y con los señoritos de Madrid, se le vá á una la cabeza muy pronto.—(viendo á Susana.) Ola, prima! Usted sola... en el dia de su boda?... ¿Ha visto usted los preparativos del baile...

Sus. Sí... los he visto...

PACA. Es que usted no sabe... ó por mejor decir, no sabes, porque entre primas debemos tutearnos; las señoras y los jóvenes de la Quinta asistirán á la fiesta... me han convidado... ¡Qué bonito estará el baile...! Guirnalda de flores... una orquesta magnífica... Beltran lo dirige todo... Anda por todas partes, se toma un trabajo que le hace feliz... porque le conozco, y siempre será lo mismo. Para él serán los afanes, y para tí las diversiones... y créeme, amiga, no lo digo porque es de mi familia; pero no podias haber escogido un marido mejor.

Sus. Lo creo; así es que le quiero mucho (volviéndose hacia el biombo.)

PACA. Cuando dices que le quieres,— no es un amor ciego.

Sus. Qué dice usted?

PACA. No; lo que es amor, no se lo tienes, es muy fácil conocerlo; y lo ví en el primer momento... Pero no hay mal en eso... así vá mejor.

Sus. Cómo. Paca?

PACA. Entre mujeres, entre primas nos lo podemos contar todo; y te confesaré, que cuando me casé, yo tampoco queria á mi marido... ni miaja... y por otro lado, no dejaba de tener muchos galanes y buenos mozos... Pero los galanes, amiga mia, duran poco, y los maridos son para siempre!... Pinto no era ningun cupido, pero era un buen muchacho... y sobre todo, tenia muy buen genio... Me quiere, me fia todos sus secretos... yo mando, y hago cuanto quiero en la casa... y me felicito cada dia mas de tener un marido tan bueno... Pues bien: Beltran, si es posible, es aun mejor que él.

Sus. Si, lo creo.

PACA. Tiene buenas cualidades al doble, y mucho mas mérito... Goza de mas consideracion... Es un militar valiente, es la honra del país, y nadie se atrevería nunca á faltarle al respeto, ni á ninguno de su familia... Cuando pasa por el pueblo, todos se quitan el sombrero, y dicen: «es el señor Beltrán.» Si me acompaña, voy tan contenta! y digo; «este es mi primo.» Pues bien; tú dirás con mucha mas razon: «este es mi marido,» y en tu casa, cuando veas lo feliz que te hace, harás como yo... Ese amor que no tienes, vendrá poquito á poco... Yo, sin mala intencion, alguna que otra vez hago rabiarse á mi marido; pero si algun peligro le amenazara, sin titubear daría mil veces la vida por él. Le debo mi felicidad, mis dos hijos y mi hija, y... dentro de algun tiempo lo sabrás como yo; siempre queremos al padre de nuestros hijos.

Edu. (abriendo el biombo.) Maldita muger... no se marchará!

Sus. (pensativa.) Cómo es eso, prima?... Repítemelo; te lo suplico.

PACA. Ahora si que va bien: ¡tú tambien me tuteas!

Sus. ¿Con qué no querías á tu marido?

PACA. Se lo puedes preguntar á él mismo

Sus. Sí, pero á lo menos no querías á otro...no querías á nadie

PACA. Eh!.. no lo juraría... Es un secreto... consiento en confiártelo; pero por Dios, no hay que contarle; sentiria que lo supiera mi marido; aunque á la verdad, quién puede hacernos cargo de lo pasado? Bastante nos cuesta el responder de lo venidero. Me se figura que queria yo entonces á un joven buen mozo; tenia, á lo mas, diez y seis años.

Sus. Algun mozo del pueblo?

PACA. Que! Algo mejor que eso... Vivía en esta Quinta... no lo digas á nadie... era el hijo del Sr. Conde, don Eduardo. (Eduardo que se habia asomado fuera del biombo, se vuelve á esconder.)

Sus. ¡Ay Dios... cómo yo... no lo he conocido!— (con alteracion) Pero él te amaba?

PACA. Oh! como un loco; me perseguía por todas partes, y me decia que nunca habia experimentado semejante amor.

Sus. ¡Como á mí!

PACA. Y que me queria siempre... Despues lloraba... se desesperaba... se echaba á mis pies...

Sus. (Como hoy!)

PACA. En fin, un dia exclamó, que si no le daba pala-

bra... iba á matarse con una pistola que me enseñó!

Sus. (Ay Dios! como hace poco.) ¿Y qué sucedió?

PACA. Yo no sé... me escapé llena de miedo, porque siempre he temido las armas de fuego; pero lo que sí sé es, que me casé con Pinto; y que no se ha inuerto.

Sus. ¿Con que te engañaba?

PACA. ¿Quién, él?... No por cierto; el pobre muchacho obraba de buena fé, me quería cuanto podia querer; ya se vé... eran los primeros amores... ¿Pero qué sacábamos con eso? No podia casarse conmigo. Ha tomado su partido, yo el mio, y se ha consolado, como suele suceder.

Sus. ¡Tú lo crees!

PACA. No hay duda... No obstante, estoy bien segura que desde entonces me ha guardado fé... No me encuentra una vez, que no me eche requiebros.. sin consecuencia.

Sus. Cómo!.. Se atrevería?...

PACA. Antes de ayer... corrió por el jardín detras de mí... Me dió un abrazo... siempre sin consecuencia. Quería que viniese esta mañana á este pabellon, para arreglar las cuentas, y tambien lo quería Pinto; pero esas ya son palabras mayores. La prudencia nos dice, que nadie sabe lo que puede suceder, y no he querido complacerle; pero aquí viene Pinto. (Susana y Paca van á recibir á Pinto que entra.)

EDU. (Eduardo abre el biombo y vé á Pinto.) Otro! no puedo salir; tendré que quedarme aquí hasta la noche.) (se vuelve á esconder.)

#### ESCENA IX.

Los precedentes, PINTO.

PINT. Muy bien. Ustedes aquí charlando, y no saben lo que pasa.

PACA. Pues qué?

PINT. No se sabe á dónde está el señorito... Dí, mujer, sabes qué se ha hecho? (Susana se retira hácia el foro cerca de la puerta de la izquierda.)

PACA. Buena pregunta! Acaso me han encargado de cuidarle? ¡Pero qué mal vestido vienes? Qué mal puesto llevas ese pañuelo! (se lo compone.)

PINT. Como no estabas en casa para ponérmelo.. Decía pues, que se ignora á dónde ha podido ir el señorito; no ha asistido al casamiento, y Beltran está con inquietud; le busca por todas partes, porque quiere, y con razon, que baile la primer contradanza.

Sus. (Ay, Dios!)

PACA. (á Susana) Pero qué tienes?... ¡Jesús, qué pálida estás!...

Sus. (con agitacion.) Sí, padezco bastante, padezco mucho; pero gracias, Paca, mil gracias; nunca nos separaremos; viviremos siempre juntos ..; ustedes sí que son mis verdaderos amigos.

PINT. Pues ya se vé... En cuanto á mí, los amigos de mi mujer son siempre los míos.

PACA. Es cierto.—(á Susana.) Ya ves que le tengo bien enseñado.

Sus. Salgamos de aquí. Vámonos á reunir con esas señoras.

PINT. Sí, vayan ustedes..., yo me quedo, porque espero á Beltran; le he dicho que aquí le aguardaría.

Sus. (Ay, Dios!) Pues entonces me quedo. Yo le esperaré tambien... (No sé qué hacerme. ¿Cómo le echo de aquí?)

PINT. (examinando los adornos del pabellon se acerca al biombo.) Sabeis que este pabellon es muy bonito!... ¿Conque este es el regalo del señor conde, con las treinta fanegas de tierra que le cercan?

PACA. Sí.

PINT. Y no mas? (colocándose entre las dos mujeres.)

Sus. No por cierto. (impaciente.)

PINT. Pues no es mucho; y yo pensaba que con motivo de Beltran, hubiera hecho algo mas por vosotros! porque en verdad, debiéndole tanto, y despues de lo que yo he presenciado.

PACA. Qué dices? Qué has visto?

PINT. Nada, nada, mujer; es cosa de hombres; yo me lo sé.

PACA. Y cómo no lo sé yo? ¿Conque tienes secretos conmigo? Conque he perdido tu confianza?

PINT. No hay tal cosa, mujercita; es un secreto que no es mio; pertenece á Beltran.

PACA. Pues entonces, aquí tienes á su mujer que debe saberlo, porque sin duda no querrias incomodarla; debe saberlo todo, y yo tambien.

PINT. Pero mujer...

PACA. Está en el orden .. Así debe de ser.

PINT. Si te digo que...

PACA. Pues yo quiero que hables.

PINT. Vamos, ya que lo quieres, voy á contarlo; pero Beltran se enfadará.

PACA. No tengas cuidado... Empieza.

PINT. Pues sucedió hace dos años, cuando fui á Sevilla con motivo de la testamentaria de tu tio...— Don Eduardo estaba allí de cuartel, y Beltran habia marchado para juntarse con él algunos dias despues, porque el señor conde le habia encargado que no se apartase de su hijo... Vi, pues, un dia á Beltran entrar en mi posada; estaba pálido... «Acabo de llegar, me dice, y vengo de un café en donde he sabido buenas cosas... Mañana el señor conde se quedará sin hijo. (mientras está hablando, Eduardo se deja ver fuera del biombo y escucha con el mayor cuidado.)

Sus. Cielos!

PINT. Sí, señora. El señorito tenia un desafío para el dia siguiente con uno de la ciudad... Con uno que se habia desafiado ya quince veces... Que nunca erraba su tiro... Y esto, por una bailarina, que el señorito cortejaba hacia dos años. (Eduardo en este momento se vuelve á esconder.)

PACA. Hacia dos años?... Qué infamia!... Era en mi época!

PINT. Qué! Qué dices?

PACA. Prosigue... Son cosas que no te importan... Vamos..., concluye.

PINT. Pinto, me dice Beltran, debo impedir hoy ese desafío, y sin que se sepa; porque podria causar perjuicio al señorito... Por fortuna ni él ni nadie sabe aun que estoy en Sevilla... Necesitaré de tí... Espérame .. Vuelvo dentro de una hora.

PACA. Y qué?

PINT. Y qué? Se vá al café á donde estaba ese señor; le mira de reojo, le dá un empujon, recibe un buen sopapo, y se vuelve muy contento. «Vámonos, me dice, he logrado lo que deseaba... Es negocio concluido... Me servirás de padrino.»

PACA. Tú, Pinto!

PINT. Yo mismo, y tiemblo aun cuando pienso en ello. Ay, mujer! Qué cosa tan terrible es un desafío! Colocados á treinta pasos el uno del otro iban acercándose; Beltran, lleno de regocijo, cantaba unas seguidillas; cuando de repente oigo un tiro, y en-

seguida otro. No ví nada, porque cerré los ojos y estaba tan aturdido, que oyendo á uno de los padrinos que decia: «está muerto,» creí que hablaba de mí... Pero no; era el otro, el señor de Sevilla. Ví tambien á Beltran por tierra; me llamaba y se sonreia. «Pinto, me dijo, no hables de esto á nadie.» Así se hizo: se ha creído siempre que habia sido una caida..., y esta es la causa de que el pobre Beltran tenga una pierna de palo.

EDU. Oh, Dios! (*durante las últimas palabras se ha salido del biombo.*)

SUS. (*espantada.*) Ah!

PIN. Qué tienes!—Qué ruido es ese?

SUS. Nada... no es nada... yo he sido; no he podido contener un grito de sorpresa y admiracion... Sí, Beltran es el mejor de los hombres! Tenias razon... ahora le quiero... le amo con todo mi corazon.

PACA. Pues aquí viene; se lo puedes decir tu misma. (*Pinto y su mujer van á recibir á Beltran, entre tanto Eduardo abre el biombo, está pálido, fuera de sí y dice en voz baja á Susana.*)

EDU. Amále, Susana. Adios, para siempre. (*salta por la ventana velozmente.*)

ESCENA X.

*Los precedentes, BELTRAN.*

PACA. Aquí está Beltran.

BEL. Todo está pronto, y estará casi tan bien como si lo hubiera dirigido la señora Susana... Una mesa para cincuenta personas en la arboleda... Ya llegan los convidados; conque vamos.

PACA. Y el señorito?

BEL. No le he visto; pero estoy sin inquietud, porque su padre me ha dicho que sabe á dónde está; sin duda le habrá ocurrido algun asunto; yo pienso que vendrá mas tarde.

SUS. (Yo espero que no volverá mas.)

PIN. Silencio; aquí viene el señor Conde.

ESCENA XI.

*Dichos, EL CONDE y EDUARDO en traje de viaje.*

COND. Descábamos, amigo Beltran, quedarnos á la fiesta de hoy; pero una orden superior nos obliga á partir ahora mismo.

EL. Es posible, señor? Mi general, un dia como el de hoy... y mi capitan que contábamos con él...

EDU. No puede ser, Beltran; el servicio del Rey exige que salga para mi regimiento, y tú sabes mejor que nadie, que cuando lo manda el servicio...

EL. Es cierto; y así me callo.

EDU. (*á Beltran.*) Aunque no me quede, no por eso dejaré de darte el regalo de boda que tengo derecho de hacerte. Con permiso de mi padre, hé aquí la donacion que te hago de la finca que tienen arrendada Pinto y su mujer; tuya es.

EL. Conque el primo será nuestro amo?

EDU. Pero mi capitan, permita usted... A nosotros doce mil reales de renta? Ha perdido usted la cabeza?

EDU. (*bajo á Beltran, apretándola la mano.*) Y tú has perdido la memoria? Acuérdate de Sevilla. Acepta y calla.

COND. Bien, hijo mio, bien! Estoy contento. Partamos.—Dentro de algunos años volverá con el grado de coronel.

PACA. Y casado, que es aun mejor. Ah! qué placer! Todo el lugar se dará la enhorabuena, y sobre todo, los maridos!

EDU. Adios, Beltran; á Dios, Susana. (*váase con el Conde.*)

ESCENA ÚLTIMA.

*Dichos, menos el CONDE y EDUARDO.*

PACA. Honrado Beltran! Deja que te dé un abrazo.

BEL. Con mucho gusto, si el pariente lo permite.

PACA. (*con cariño.*) Te lo doy sin su permiso, porque eres un hombre de bien.

PIN. (*llorando de gozo.*) Sí, un verdadero hombre de bien.

BEL. (*mirándolos atónito.*) Pero qué diantre es esto? De dónde viene esa ternura? Ambos lloran, y Susana tambien. (*se acerca á esta.*) Qué motivo puede causar las lágrimas que veo? No quiero participar de sus placeres, pues á usted sola pertenecen; pero ya que estamos casados, debo partir sus penas.

PACA. Penas! Las tenia, pero han desaparecido.

BEL. (*á Susana.*) Es cierto, señora?

SUS. Una sola me queda.

BEL. Y cuál?

SUS. Por qué llamarme siempre de usted?

BEL. No me atrevo... el respeto...

SUS. No, Beltran mio; soy tu esposa, y este título es mas lisonjero para mí.

BEL. Es posible? Qué es lo que oigo? Soy tan feliz, que puedo ya prometerme tu cariño, esposa mia? (*á Susana que la entrega la llave.*) No te desdeñarás de emplearte en un militar mutilado .. Callas? Ah! Quién no envidiará la dicha de Beltran? (*Beltran hinca la rodilla delante de Susana que acaba de entregarle la llave; Pinto y su mujer miran con cariño á Susana; cae el telon.*)

FIN.

ADVERTENCIA. Esta y otras traducciones, mas ó menos libres, debidas á la pluma de D. Manuel Breton de los Herreros, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor, antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca Dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.—*El Editor.*

MADRID--1863.

Imp. de F. Escamez Centeno á cargo de J. Arboledas, San Juan, núm. 57, principal.